



Lectura del santo Evangelio según San Juan (10, 11-18)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: "Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. En cambio, el asalariado, el que no es el pastor ni el dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; el lobo se arroja sobre ellas y las dispersa, porque a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, porque conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. Yo doy la vida por mis ovejas. Tengo además otras ovejas que no son de este redil y es necesario que las traiga también a ellas; escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor. El Padre me ama porque doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita; yo la doy porque quiero. Tengo poder para darla y lo tengo también para volverla a tomar. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre".

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

La Iglesia dedica el IV domingo de Pascua al Buen Pastor. Esta es una figura muy interesante y querida para la antigua Iglesia de Roma, como consta por tantos testimonios históricos; es una figura rica de significado para cuantos están familiarizados con la Sagrada Escritura.

El Buen Pastor es Jesucristo, Hijo de Dios y de María, nuestro hermano y redentor; aún más, hay que decir que ¡Él es el único, verdadero y eterno Pastor de nuestras almas! Mientras se atribuye este título a Sí mismo, se apresura a justificar el motivo y la validez de esta atribución personal: en efecto, sólo Él conoce a sus ovejas y ellas le conocen (cf. Jn 10, 14); sólo Él da la vida por las ovejas (Jn 10, 11); sólo Él las guía y conduce por caminos seguros; sólo Él las defiende del mal, simbolizado por el lobo rapaz. Pero Cristo, en esta obra admirable, no quiere estar y actuar solo, sino que quiere asociar colaboradores —hombres elegidos entre los hombres en favor de otros hombres (cf. Heb 5, 1)— a los que llama con "vocación" particular de amor, les concede sus poderes sagrados y los envía como Apóstoles al mundo, para que continúen, siempre y por todas partes, su misión salvífica hasta el fin de los siglos. ¡Cristo, pues, tiene necesidad, quiere tener necesidad de la respuesta, del celo, del amor de los "llamados", para poder todavía conocer, guiar, defender y amar a muchas otras ovejas, inmolando, si es necesario, también la vida por ellas! (Juan Pablo II. 6.5.79)

¡Qué bonito y consolador es saber que Jesús nos conoce a cada uno, que no somos anónimos para Él, que nuestro nombre le es conocido! Para Él no somos "masa", "multitud", no. Somos personas únicas, cada uno con la propia historia, [y Él] nos conoce a cada uno con la propia historia, cada uno con el propio valor, tanto como criatura cuanto como redimido por Cristo. Cada uno de nosotros puede decir: ¡Jesús me conoce! Es verdad, es así: Él nos conoce como nadie más. Solo Él sabe qué hay en nuestro corazón, las intenciones, los sentimientos más escondidos. Jesús conoce nuestras fortalezas y nuestras debilidades, y está siempre preparado para cuidar de nosotros, para sanar las llagas de nuestros errores con la abundancia de su misericordia. (...) Por tanto, Jesús Buen Pastor defiende, conoce, y sobre todo ama a sus ovejas. Y por esto da la vida por ellas (cfr. Jn 10,15). (Francisco, 25.4.21)



MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Jesús, buen pastor, ilumina los corazones con sus apariciones, cargadas de notas alegóricas. El mismo Jesús quiso valerse de esta deliciosa imagen para expresar mejor el amor, su preocupación continua por nosotros. El evangelio nos presenta la figura conmovedora de Jesús Buen Pastor. Es la síntesis del amor misericordioso, que nos busca para redimirnos con el sacrificio y comunicarnos la nueva vida (Rm 6,4) que nos trae su resurrección.

En este evangelio, Jesús utiliza una sencilla comparación. En los escritos bíblicos, el pastor es imagen predilecta. Jeremías, Ezequiel, Zacarías, comparan los jefes de Israel con los buenos o malos pastores. En los Salmos y en los Profetas, Jehová es el pastor supremo de la nación teocrática. Para Pedro, Jesús es el Príncipe de los pastores de nuestras almas (1 Pe 2,25). Y Pablo lo presenta como el gran Pastor de las almas (Hb 13,20), mientras San Juan lo ve en el Apocalipsis (2,27; 12,5) conduciendo a los pueblos como Pastor.

1. Yo soy el buen Pastor

La oración al meditar este pasaje será más fecunda si San José nos conduce. «Personas de oración siempre le debían ser

aficionadas.... Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome a este glorioso santo por maestro y no errará el camino». Sigamos, pues, el consejo de Teresa y repitamos: Esposo de la Virgen, custodio del Señor: llévanos a María y, por María, a Dios. Llévanos a María, que siempre nos va a repetir: «Mírale; Él es el buen Pastor».

Y tú, admirado, dialogas con la Virgen. —«Pero ¿es verdad, Madre, que Él me quiere en todo momento, me quiso desde siempre con un amor eterno?». María te responde: —«Mira: lo que hizo con los de Emaús la tarde de la resurrección, lo está haciendo contigo a lo largo del camino de tu vida hasta que le reconozcas, como ellos, al final de la ruta, cuando empieces a vivir».

El Buen Pastor camina con ellos, les interpreta las Escrituras y le alimenta con la Eucaristía

Y caminaba con ellos... Y camina también contigo. En el fondo de tu alma en gracia, vive su vida divina para ti. Aunque no lo sientas, eres un sagrario ambulante. Aunque no te percates, eres custodia de la divinidad. Camina contigo. Te acompaña, no te abandona. «Tiemblo al pensar que escribo en presencia de la Santísima Trinidad», exclamaba Psicary, recién convertido, al descubrir con la fe la inhabitación divina en su alma en gracia. «Él está allí cuando creemos estar solos, Él nos contesta cuando nadie nos responde, Él nos ama cuando todos nos abandonan», te dice San Agustín.

Y les iba interpretando las Escrituras. Les hablaba, dialogando con ellos, con esos dos primeros cristianos que querían desertar. Dialoga contigo en la oración para abrirte el sentido de las Escrituras, para que la palabra de Dios ilumine tu vida y fortalezca tu voluntad. Dialoga contigo en todas partes si sabes hacer silencio en tu corazón. El silencio en labios, ojos, imaginación, es la primera palabra de todo diálogo fecundo. La soledad es la patria de los fuertes; el silencio, su plegaria...

Tomó el pan y se lo daba. Y el buen Pastor, pan eucarístico, te nutre y alimenta, te sacia con la dulzura de su cuerpo

sacrosanto rezumando suavidad. Y tú, con Juan de la Cruz, cantas emocionado: *«Aquesta eterna fuente está escondida en este vivo pan por darnos vida, aunque es de noche. Aquesta viva fuente que deseo en este pan de vida, yo la veo, aunque es de noche»*.

2. El buen Pastor da su vida por sus ovejas.

Soy el buen Pastor, porque doy mi vida por ellas. La locura de la encarnación, el misterio insondable de la vida y pasión de Jesús, la resurrección triunfante, para que tú tengas vida y la tengas más abundante (Jn 10,10). Y el buen Pastor da su vida por ti, por todos los hombres, sufriendo y amando. Cristo ha sufrido por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas... Cargó en su cuerpo nuestros pecados clavándolos en la cruz, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia (1 Pe 2,21).

3. Conozco a mis ovejas, y ellas me conocen.

No sólo doy mi vida por mis ovejas, sino que las conozco, las amo. El conocimiento es aurora del amor. Soy el buen Pastor, porque amo a mis ovejas, y ellas me aman a mí. Muchas veces, eso significa en el Evangelio la palabra conocer: amar, fiarse, creer. «Y mis ovejas me amarán si me conocen, me conocerán si piensan, pensarán si callan». El silencio es siempre, por eso, prelude del amor. Saber callar controlando ojos, imaginación, sensibilidad; saber callar sufriendo en silencio y paciencia, es acercarse a Jesús.

El hombre es corazón, capacidad de amar. El corazón empieza en la cabeza, pero la cabeza empieza en el silencio... Hombre que no calla, no piensa. Hombre que no piensa, no se da cuenta que Jesús es el buen Pastor para él. Y este hombre no ama a Dios, es infeliz, se aburre. Acaba desertando de su vocación a la santidad. Renuncia a ser feliz, porque no sabe callar. Te avisa San Juan de la Cruz: «Es imposible ir aprovechando sino haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio». Silencio interior del alma, en que Jesús «queda libre para darse, y el alma, así unificada, se convierte en trono del Inmutable, puesto que la unidad es el trono de la Santísima trinidad», escribe Santa Isabel de la Trinidad.

Deseos, temores, alegrías, dolores: todos estos movimientos, provenientes de las cuatro pasiones, tenemos que acallarlos para que el alma penetre «en el alcázar del santo recogimiento y descubra, a la luz de las claridades de la fe, a Dios presente en ella», expresaba la Santa. Pensar con frecuencia que en la tierra «no hay contento seguro ni cosa sin mudanza», nos ayudará a conseguir este silencio interior.

El 24 de agosto de 1562 sintió Santa Teresa una de las mayores alegrías de su vida al comenzar la reforma, encerrándose en San José de Ávila con las cuatro primeras carmelitas. A las pocas horas, la tristeza y la duda se apoderaron de ella. «Válgame Dios, y qué vida tan miserable; No hay contento seguro ni cosa sin mudanza. ¡Hacia tan poquito que no me parecía trocar mi contento con ninguno de la tierra! Y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí».

4. Igual que mi Padre me conoce.

Así dice Jesús que nos conoce y nos ama: con el mismo amor, inaudito e inefable, con que su Padre le ama a Él. Amor sin fronteras, sin límites, que le lleva hasta dar la vida por sus ovejas. «Cuanto más nos parezcamos a Él en aquello de la Cruz y en aquello de quererle como nos quiere, mejor».

5. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil.

Un quejido lastimero se escapa del corazón amante de Jesús. Tiende su mirada por encima de los siglos. Contempla la muchedumbre de descreídos, indiferentes...

Desde el sagrario oímos este grito de dolor. Miles de jóvenes, de hombres y mujeres fuera del rebaño...

Tengo que recoger en mi aprisco estas ovejas. Ayúdame tú, cumple tu compromiso de bautizado, escucha el mensaje de Fátima. Te lo repite mi Madre: «¿Deseáis ofrecer a Dios para soportar todo el sufrimiento que a Él le plazca enviaros como reparación por los pecados con los que Él es ofendido y para pedir por la conversión de los pecadores?». Así volverán todas al rebaño: si en cada momento del día vives en plenitud de amor reparador, conquistando corazones.

6. Escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor

Jesús: tu promesa no puede fallar. ¡Fuera derrotismos! Sí, oirán tu voz. Se formará un solo rebaño con un único Pastor. Millones de jóvenes hermanos nuestros se agregarán a la unidad de tu Iglesia. Millones de jóvenes se integrarán en tu rebaño. Y el canto del amor se elevará de todos los corazones, en campos y ciudades. Oirán tu voz, Jesús mío, si yo me ofrezco. Si me convenzo que el santo es un pecador que sigue esforzándose y que «para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada, porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro?». Esta es mi respuesta, con la de los pastorcitos de Fátima: «Sí, quiero».

–«Y tú, Madre querida, a cada uno de nosotros repítenos lo que el 13 de mayo anunciaste a los pastorcitos: “Entonces tendréis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios os confortará”. Pronuncia, Madre, estas palabras también sobre nosotros, de manera que una intensa luz inunde nuestras almas, y seamos todos uno en tu Corazón Inmaculado. Luz que, como a los tres niños, “nos haga penetrar en Dios más claramente que en el mejor de los espejos”».

ORACIONES PARA TU COLOQUIO CON EL SEÑOR

1. Ven, Señor Jesús, busca a tu siervo; busca a tu oveja fatigada; ven, Pastor. Mientras tú te retrasas por los montes, tu oveja va errante: deja, pues, a las noventa y nueve restantes, y ven a buscar a la única que se ha perdido. Ven sin dejarte ayudar, sin dejarte anunciar; ahora es a ti a quien espero. No cojas tu látigo, coge tu amor; ven con la suavidad de tu Espíritu. No dudes en dejar en los montes a estas noventa y nueve ovejas que ya son tuyas; sobre las cumbres en que las has puesto, los lobos no tienen acceso a ellas. Ven a mí, que me he extraviado alejándome de los rebaños de allá arriba, porque también a mí me habías colocado con ellas, pero los lobos de la noche me hicieron abandonar tus apriscos.

¡Búscame, Señor, pues mi oración te busca! ¡Búscame, encuéntrame, levántame, llévame! Al que tú buscas, puedes encontrarlo; al que encuentras, dignate levantarlo; al que levantas, pónlo sobre los hombros. Esta carga de tu amor jamás te es fatigosa, y sin cansarte te haces el pagador de la justicia. Ven, pues, Señor, porque es verdad que me extravié, no he olvidado tu palabra, y sé que seré curado. Ven, Señor, tú sigues siendo el único capaz de llamar a tu oveja perdida, y a las otras que dejarás no les causarás ningún dolor; también ellas estarán contentas de ver cómo regresa el pecador (San Ambrosio).

2. Gracias, Padre mío, por darme a tu Hijo Jesucristo como pastor y guía de mi vida. No quiero tener otro ideal que alcanzar la santidad para gozar plenamente de Ti por toda la eternidad. Confío en tu misericordia, y en el auxilio de la gracia de tu Espíritu Santo, para purificarme y renovarme en el amor.

“Hice una oración en la que me identifiqué con la oveja perdida. Vi cómo había ido huyendo del rebaño. Descendiendo por un abismo, quedé enriscado, sin poder salir, entre zarzas y espinas. Me sentía perdido y a punto de caer en el abismo y despeñarme. Entonces vi a Jesús, mi Buen Pastor, bajando por aquellos riscos; rompiendo las zarzas, me quitaba las espinas, y me cogía, ensangrentado, entre sus brazos... me acariciaba y yo me llenaba de alegría porque me había rescatado. Yo le decía: ‘Señor no me sueltes, no me sueltes más. Mira que si me dejas vuelvo de nuevo a perderme. Quiero ser tu ovejita’... Muchas veces he pensado que mi perseverancia se debe a aquella oración, hecha con tanta fuerza y con lágrimas en los ojos” (Testimonio de Abelardo de Armas. Gracia recibida en la iglesia de Calatravas, poco después de sus primeros ejercicios).